

ADONIS

Flor de la alquimia

He de viajar al paraíso de ceniza

Entre sus árboles secretos

Ceniza de los anillos el diamante el vellocino de oro.

He de viajar en el hambre la rosa hacia las mieses

Que yo viaje, que me detenga

Bajo el arco de los labios huérfanos,

Sobre los labios huérfanos A su sombra herida

La flor antigua de la alquimia. —

Sorpresa cautiva

Voy girando en los brotes y las hierbas, construyo una isla

Uno la rama a las riberas

Y cuando desaparecen los puertos cuando se oscurecen las líneas

Revisto la sorpresa cautiva

Con el ala de una mariposa

Al abrigo de las espigas y la luz en el país de la fragilidad. —

La Flor de la alquimia, resultado de la sublimación del oro y del mercurio, se convierte en la mística en la sustancia transformadora. El viaje de la alquimia filosófica es una búsqueda de lo absoluto. Nace de una pulsión interior irreprimible. Esta aventura profunda estremece todo el ser con el sueño de otro edén, de un mundo reconciliado y feliz.

Alí Ahmed Said, llamado Adonis, nació en Qassabin, Siria, en 1930; estudió filosofía y se ha interesado en la mística; refugiado en Líbano en 1956, participó en la fundación de la revista poética de vanguardia *Shi'r*, de la cual se separó en 1963; fundó en 1968 su propia revista *Mawaqif*; se instaló en París en 1985; universitario y poeta, ha producido una obra importante de la cual el libro *Kitaab al-labawwulaat* (1965) es la colección más notable.

Obra completa en *Dar al-'Awda*, Beirut, 1985, 2 volúmenes; *El movimiento modernista de la poesía árabe contemporánea*, por Kamal Jeir Beik, Publicaciones Orientalistas de Francia, París, 1978; *Diccionario Universal de las Literaturas*, PUF, París, 1994, p. 27.

—Jamel Eddine Bencheikh

Ahmed' Abd al-Mu'ti HEGAZI

Siempre en busca

Yo cruzo las calles y el espacio y la muchedumbre

Ciego a todos los fuegos

Yo levanto por todos lados el amor y el odio

Ah cuánto odio la indiferencia

Arriesgo la cabeza por decir una palabra

Por una risa liberadora

Por una única sonrisa

Me estremezco con la noche repentina

Sin esperanza de salvación

Voy bajo los rascacielos

A la sombra de los automóviles

Con un resto de confianza en el fondo del corazón

Y en la memoria un signo de belleza

Frotaría estos espectáculos erguidos

Hasta la usura en fin donde el abra profunda

Mi abra fresca de rayos resplandecientes

Y el pura sangre masticando su bocado relinchará

Rostro cerrado

Atravieso el espacio de las ciudades lejanas

Floto sobre sus noches azules canto sobre el camino

Todos los días doy mi corazón

A una muchacha

A un amigo

Pero me rehúso a lo inerte

Amiga cómo me tientas con el amor

Quién me asegurará una muerte sin arrepentimiento

Quién entonces

Me asegurará en esta ciudad... que renaceré —

La poesía no es juego literario sino gesto de existencia. Todos sus poemas nacen de una marcha enfebrecida por el mundo. Las palabras, en ellos, son simples y dóciles como las caricias de una palma confiada. De pie sobre la tierra, al acecho de todas las sensaciones, sensible a las vibraciones del cuerpo, Hegazi ha reinventado para la poesía árabe la escritura de lo real. Celebra la amistad de los hombres en sus miradas y en sus gestos; canta el amor y dibuja a la mujer prometida otorgándole a las palabras mismas la forma de un abra-zo; se sitúa donde la justicia está amenazada, ante toda sombra de desgracia.

Nació el 5 de junio de 1935 en Tala, Egipto; escribió sus primeros poemas en 1953; crítico literario y periodista en El Cairo, en Beirut y en Damas; dio clases en París y se instaló de nuevo en El Cairo en 1988.

Obra completa: *Dar Su'aad as-Sabaab*, El Cairo, 1993; *Diccionario Universal de las Literaturas*, PUF, París, 1994, vol. 2, p. 1533, por H. Toelle.
—Jamel Eddine Bencheikh

Mahmud DARWISH

Escogemos a Sófocles

Si este otoño debía ser el último, entonces perdón
 para el flujo y el reflujo de los mares y de las memorias.
 Perdón para lo que hemos hecho
 con nuestros semejantes antes de la edad del cobre: cuántas criaturas hemos herido
 con las armas talladas en los huesos de nuestros hermanos, para dejar
 a sus únicos descendientes cerca de los veneros, perdón
 para las gentes de la gacela por lo que hemos hecho los veneros, cuando
 se extendió un hilillo púrpura sobre el agua
 sin que notáramos que era nuestra sangre
 que recitaba nuestra marcha entre las anémonas de estos lugares tan hermosos.
 Tenemos para el otoño un poema de amor... un breve poema de amor.
 El viento nos hace girar, oh amor, caemos presos cerca del lago.
 Cuidamos el aire enfermo, agitamos las ramas para escucharlo palpitar.
 Aligeramos el culto de la adoración, dejamos los dioses a los pueblos de las dos riberas.
 Llevamos a los más jóvenes de ellos con las provisiones de camino, y luego tomamos esta ruta... y marchamos.
 Cerca de los arroyos leemos nuestras huellas: ¿hemos pasado por aquí? ¿Fuimos nosotros
 quienes han hecho este vaso coloreado, nosotros mismos?
 Sabremos pronto lo que ha hecho la espada del Nombre.
 Oh, amor, guárdanos de lo nuestro... del aire de los campos...
 Un poema de amor para el otoño, el último.
 No podemos acortar el camino, pero nuestra vida
 nos pisa los talones para que apresuremos el paso hacia el alba del amor, oh amor, somos nosotros mismos
 los zorros de este seto, manzanilla de la llanura. Percibimos lo que sentimos... —

Expulsado de su tierra, cruzó todas las fronteras para abrirse al mundo en su poema, de Moscú a Nueva York y de Grecia a China. Sueña con Cartago y con Andalucía. Se inspiró en las tragedias de Esquilo; prefirió a Sófocles sobre Imru' al-Qays. Se conmovió con el martirio de Cristo; recitó la Biblia y el Corán; pronunció el discurso del indio americano. Respondió al llamado de todas las voces. Maiakovski, García Lorca, Cavafis acompañan sus pasos; Éluard y Aragon, su ensueño. Su lengua trenza la historia y el presente, lo imaginario y lo real; se libera para vehicular los mitos, para expresar el amor y el sufrimiento. No transforma el lenguaje: lo deja discurrir, tan prometedor como el despuntar del alba, tan amargo como un crepúsculo.

Nació en 1941 en un pueblo de Galilea que dejó para ir al Líbano en 1948 y encontró destruido a su regreso; fue encarcelado varias veces y luego arraigado cuatro años en Haifa; tomó cursos de historia y sociología en la Universidad de Moscú; se instaló en El Cairo en 1971, y de 1972 a 1982 en Beirut, donde fundó la revista *al-Karmil*; vivió en París a partir de 1984 y más tarde regresó a Jordania en 1995.

Obra completa en *Dar al-Awda*, Beirut, 1984, 2 volúmenes; *Diccionario Universal de las Literaturas*, PUF, París, 1994, vol. 1, p. 911, por G. Ladkany.
 — Jamel Eddine Bencheikh

M'hammed al-GHUZZI

Los comensales

Si la muerte nos sorprende
Y nos confía al frío de la tierra
Gritaré: “Padre
¿No éramos comensales en busca de la embriaguez
En todos los santuarios
Amantes en busca de amantes?
¿Cómo has permitido que seamos esparcidos lejos de ti?
¿Cómo has aceptado quedarte
Solitario en tus reinos eternos...?” —

Ermita

Cuando los Amantes han elevado sus antorchas
Cuando se han sucedido en torno de Su morada los cortejos
Cuando los hombres han sido llamados por Sus nombres
Cuando se les ha encomendado Su tea luminosa
Vuelvo en medio de la muchedumbre hacia mi ermita
Y me quedo solo con el Único. —

— Versiones del árabe al francés por Jamel Eddine Bencheikh
— Versiones del francés por David Huerta

El fervor místico ha inspirado la poesía árabe más rara y la más emocionante. Este impulso hacia Dios, despojado de cualquier dogma, no ha sido nunca del gusto de los hombres de la ley: al-Halaadj (922) y as-Suhrawardii (1191) lo pagaron con su vida; Ibn Arabí con el exilio.

Sin ostentación, Ghuzzi trenza sus metáforas. Su lenguaje, de una aparente simplicidad, le da nueva vida a su fe. Expresa, sin gesticulación, un acto de esperanza. Es feliz de que este murmullo dibuje un universo habitable.

Nació en 1949 en Kairuan. Enseña literatura árabe en la universidad de Kairuan; su primera colección se titula *Kitaab al-Maa' Kitaab al-Yamar: Libro del agua. Libro de las brasas*, Túnez, 1982.

— Jamel Eddine Bencheikh